

cambiando por tercera vez de partido le puso en la precisión de volverse á expatriar. Dos veces las tempestades que suelen formarse alrededor de los tiranos cerraron á Pisistrato de su trono, y dos veces el pueblo lo volvió á colocar con su propia mano (1). El fin de su carrera fue mejor que lo que podía esperarse, pues terminó tranquilamente sus días en Atenas

dejando á sus dos hijos la usurpada corona (2). Por lo demás esas diversas facciones habian á su vez, segun las eventualidades de la fortuna, llenado los países extranjeros de emigrados atenienses. Al morir Pisistrato se hallaban los moderados y los aristócratas disseminados por varias ciudades de la Grecia (3) y no tardaremos en verles desempeñar en ellas el mismo



DRACON.

papel y con igual resultado que los constitucionales y aristócratas de Francia representaron tan desgraciadamente en Europa.

CAPITULO XI.

HIPARCO E HIPIAS.—ASESINATO DEL PRIMERO.—COMPARTICIONES.

Hipias é Hiparco subieron al trono en medio de los

(1) HEROD., lib. I, cap. LXIV; ARIST., lib. V, de Rep., capítulo XIII.

aplausos de la multitud. Gobernando con discrecion (4) y siendo frugales en su modo de vivir (5), puede decirse que tuvieron aquellas virtudes oscuras que la envidia perdona, y aquellos amables defectos en que el odio no halla medio de cebarse. Tal vez habrian logrado transmitir el cetro á su posteridad, tal vez el cambio de un solo eslabon en la cadena de los pueblos habria alterado la faz del mundo antiguo y moderno,

(2) *Id. Ibid.*

(3) HERODOT., lib. V, cap. LXII.

(4) THUCYD., lib. VI, cap. LIV.

(5) ATHEN., lib. XII, cap. VII.

si a fatalidad que arregla los imperios, no hubiese dispuesto de otro modo la serie de los sucesos (a).

Habiendo Hiparco sido insultado por un valeroso joven ateniense llamado Harmodio, tomó venganza haciendo sufrir públicamente una afrenta á su hermana (1). Harmodio juró con su amigo Aristogiton quitar la vida á los tiranos de su patria (2). No confiaron

su proyecto sino á unas pocas personas leales, contando para el momento de la ejecucion con los principios políticos de unos, las pasiones de otros, y con el secreto placer que los mas experimentan al ver sufrir las amarguras de la suerte á las personas que en otro tiempo les habrian parecido dichosas. Por amor de la humanidad conviene olvidarse de que el vicio y



PISISTRATO SE PRESENTA AL PUEBLO CUBIERTO DE HERIDAS.

la virtud no pocas veces conducen á unos mismos resultados (b).

Estando fijado el momento de la ejecucion para el día en que se celebraban las fiestas llamadas Panateneas, los asesinos fueron al sitio convenido, mataron á Hiparco y no pudieron saciar su venganza en Hipias, porque consiguió fugarse. Mejor le hubiera sido, sin embargo, el participar de la suerte de su hermano! Puesto Aristogiton en cuestion de tormento, acusó pérfidamente á los amigos mas queridos de Hipias (3), que en el acto fueron entregados á los verdugos. La amistad ofreció ese sacrificio tan ingenioso como terrible á los manes de Harmodio, á quien los satélites del tirano habian despojado de la vida.

Desde entonces Hipias, desengañado de que los favores nada conseguian en el corazon humano, no

quiso deber la seguridad de su persona mas que á los actos de su barbarie (4). Atenas se llenó de proscripciones: pusieron en juego los tormentos mas horribles, y las mujeres de aquella época se distinguieron como en la nuestra por la constancia mas heroica (5). Viéndose á cada paso amenazados de muerte los ciudadanos, se dieron prisa en abandonar de tropel aquella patria; pero siendo mas dichosos que los emigrados franceses, pudieron llevar consigo sus riquezas y por consiguiente (6) su virtud (c). Asi es como hemos visto multiplicarse los asesinatos en nuestra patria, y huir de ella bandadas de ciudadanos que iban á incorporarse con sus desgraciados compatriotas en otras regiones extranjeras, cuando despues del supuesto asesinato de uno de los satélites de Robespierre, se creyó el monstruo obligado á renovar su furor.

CAPITULO XII.

GUERRA DE LOS EMIGRADOS.—FIN DE LA REVOLUCION REPUBLICANA EN GRECIA.

Los desterrados acudieron á las potencias vecinas solicitando que les restablecieran en el uso de sus

(4) THUCYDID., lib. VI, cap. LIX.

(5) *Id. Ibid.*

(6) HEROD., lib. V.

(c) Amarga ironía. (N. ED.)

(a) Otra vez la fatalidad; no tardaremos en consolarnos con un acento de la religion. (N. ED.)

(1) THUCYD., lib. VI, cap. LVI.

(2) *Id., Ibid.*—PLUT., in Hipparc., p. 229.

(b) Esto es horrible, y solo puede considerarse como la imprecacion de un joven que se cree próximo á la muerte, y que no ha sufrido mas que desgracias que cree no haber merecido. Rasgos como este son mucho menos disculpables que las tonas impiedades de este libro, que por otra parte deben ser imputadas al espíritu de la época en que se escribió el Ensayo. (N. ED.)

(3) SENEC., de Ira, lib. II, cap. XXIII.

derechos. Mezclaron con su propio interés el interés de la religion (1) y el de un pueblo que representaban como oprimido por los tiranos. Los Lacedemonios tomaron las armas en favor suyo (2), y fueron por de pronto rechazados por los atenienses hasta que una casualidad les dió por último la victoria. Habiendo caído en manos de los lacedemonios los hijos de Hipias, este que antes que rey se consideraba padre, consintió rescatarlos á costa de su abdicacion, y se avino á expatriarse antes del término de cinco dias. Esa caída arranca lágrimas: no es agradable ver que un tirano concluye su carrera por un rasgo del que muchos hombres que se reputan honrados no serian tal vez capaces.

En la retirada de Hipias puede fijarse la época de los buenos dias de la Grecia y el fin de la revolucion republicana: pues aunque en Atenas (3) se suscitaron alguna que otra vez facciones á manera de las espumas que despues de una larga tempestad suelen aparecer en la superficie de los mares, no tardaron en desaparecer. Conviene asimismo tener presente que los lacedemonios, que al armarse en favor de los emigrados, no se habian propuesto otro objeto que apoderarse del Atica, trataron al ver frustrados sus planes de restablecer en el trono al mismo que con sus armas habian derrocado (4). ¡Tan poco crédito merecen esas grandes palabras de justicia universal y de filantropía! La naturaleza ha grabado con su propia mano en el corazon del hombre el deseo de libertad, y la tiranía y libertad para nosotros, esclavitud para los demás, tal es la divisa del género humano (a).

La reinstalacion del tirano de Atenas, propuesta por los espartanos en el consejo de los amficiones, fue desechada con indignacion. El desgraciado Hipias se retiró entonces á la córte del sátrapa Artafernes, desde donde atrayendo las armas del gran rey contra su patria, no hizo mas que consolidar la república que intentaba destruir.

Este fue uno de los primeros principes que habiendo descendido de la categoría de monarca á la humilde condicion de particular, fue arrastrando de país en país su malhadada existencia á cargo de la tierra, teniendo que devorar en todas partes la insolencia ó la conmiseracion de los hombres (b).

Aquí termina como ya lo he hecho observar anteriormente la revolucion popular en Grecia. Mas antes de pasar á los caracteres generales y á la influencia de esta revolucion en los demás países, es necesario volver á tratar de Esparta.

CAPITULO XIII.

ESPARTA.—LOS JACOBINOS.

Esparta aparece como un fenómeno en medio del mundo político. En ese país encontramos la causa del gobierno republicano, no en las cosas, sino en el mas insignie talento que los siglos han producido. La fuerza intelectual de un solo hombre produjo aquellas nuevas instituciones de las que puede decirse que salió un mundo nuevo. No entra en mi plan el repetir aquí lo que mil publicistas han dicho ya acerca de Lacedemonia. He aquí, pues, únicamente algunas reflexiones que se enlazan con mi asunto.

El trastorno general que los franceses y sobre todo

(1) HERODOT., lib. v.

(2) *Id.*, *Ibid.*

(3) *Id.*, *Ibid.*, cap. LXVI.

(4) *Id.*, *Ibid.*

(a) No quisiera haber dicho verdad: me es grato suponer que he calumniado la especie humana. Por mi parte sé que al pedir independencia para mí, el reclamo tambien para los demás.

(b) Si se suprimieron de esta historia de los Pisistratidas algunas frases relativas á la revolucion francesa y á sus agentes; no careceria tal vez de interés y de ulteriores miras: el tono que en ella domina es grave, al par que triste. (N. ED.)

los jacobinos, intentaron verificar en las costumbres de la nacion, destruyendo la propiedad, trasportando las fortunas, cambiando los usos y hasta el mismo culto de la Divinidad, no ha sido mas que una imitacion de lo que Licurgo hizo en su patria. Mas lo que fue posible en un país de poca poblacion y muy próximo al estado de la naturaleza, ¿era, por ventura, practicable en un antiguo reino de veinte y cinco millones de habitantes? Se dirá que el legislador griego transformó en ciudadanos virtuosos á unos hombres sumergidos en toda clase de vicios, y que otro tanto pudo hacerse en Francia. Pero muy distantes estan de ser idénticos ambos casos. Los lacedemonios padecian la inmoralidad de un pueblo que existe sin formas civiles: inmoralidad que mas bien puede llamarse desórden que corrupcion: una sociedad semejante se metamorfosea de golpe al someterse al influjo de una constitucion, porque conserva toda la fuerza primitiva, toda la elasticidad, digámoslo así, de una materia que no ha perdido aun su vigor. Los franceses tenian toda la corrupcion de las leyes, y ademas la inmoralidad de un antiguo pueblo sometido desde hace mucho tiempo á un gobierno regular. En tal caso la materia ha perdido ya su elasticidad, y en vez de prestarse á la impresion de nuevas leyes, se quiebra por todas partes.

Hay tambien que advertir que las grandes innovaciones que Licurgo llevó á cabo en Lacedemonia, gravitaron mas bien en el órden de cosas morales y civiles, que en las políticas. Instituyó las comidas públicas y ciertas asambleas que reuniendo todas las condiciones de los clubs modernos, servian únicamente para hablar de política (5); desterró el oro y las ciencias; arregló las requisiciones de hombres y propiedades (6); hizo una reparticion de terrenos, estableció la comunidad de la prole (7) y casi tambien la de las mujeres (8). Siguiéndole los jacobinos paso á paso en estas violentas reformas, se empeñaron en destruir el comercio y las letras, establecer gimnasios, comidas patrióticas y clubs; quisieron obligar á las doncellas á recibir esposos (9); no se olvidaron de poner en práctica las requisiciones, y se disponian á promulgar leyes agrarias.

Aquí concluye la imitacion. El sabio lacedemonio no hizo ninguna innovacion religiosa, y dejó á sus compatriotas sus dioses, sus reyes y sus asambleas populares (10), que desde época inmemorial acostumbraban celebrar con el resto de la Grecia. No hizo vibrar á un mismo tiempo todas las fibras del corazon humano, rompiendo imprudentemente todas las preocupaciones; supo respetar lo que era digno de respeto, y tuvo buen cuidado de acometer su empresa

(5) PLUT., *in Lyc.*; PAUSANIAS, lib. III, cap. XIV, p. 240. ISOCR., *Panath.*, tit. II. Cuanto mas se estudian las leyes de Licurgo, tanto mas imposible parece que pueda hacerse ya nada nuevo en política, pues su talento extraordinario no omitió cosa alguna de cuantas pueden interesar al hombre, desarrollar sus facultades, é influir en sus pasiones. Licurgo y Newton han sido á manera de dos divinidades de la especie humana. (N. ED.)

(6) XENOPHON., *de Rep. Laced.*, p. 681.

(7) PLUT., *Ibid.*

(8) *Id.*, *Ibid.*

(9) Bien sabidos son los decretos propuestos en la Convencion para obligar á las mujeres de los emigrados, y las jóvenes que llegaban á cierta edad á casarse con los que entonces se llamaban ciudadanos. Un sugeto de cuya veracidad no puedo sospechar, me ha referido que durante el mas violento período de la persecucion de Robespierre solian entrar en los calabozos donde estaban hacinadas las mujeres y las hijas de los emigrados, algunos hombres perversos que tenian valor para decirles: Ciudadanas, mañana á la guillotina... Pero aun os queda un medio de salvaros: casaos con nosotros, etc. acompañando estas palabras con gestos y expresiones, cuyo solo recuerdo estremece, al meditar los crímenes de que el hombre es capaz.

(10) PLUT., *in Lyc.*

en medio del trastorno de guerras que engendran toda clase de inmoralidades. Cierto es que tuvo que vencer obstáculos sin cuento: no faltó ocasion en que tuvo que emplear hasta una especie de violencia (1); mas no derramó en el patíbulo la sangre de sus conciudadanos para convencerles de la superioridad de sus nuevas leyes; lejos de eso llegó hasta mostrar cariño á los que con descompasada energía se atrevieron á oponerse á sus innovaciones (2). Tal vez sea este cuadro uno de los asuntos mas curiosos y de mas alto interés que en los fastos del universo se presentan. ¿Qué puede haber en efecto mas interesante que encontrar en este pasaje el plan original del admirable edificio tan desastrosamente copiado por los jacobinos? Bien merece la pena de que nos detengamos un momento á deducir útiles lecciones. En los capítulos siguientes irá comparando el cuadro de las reformas hechas por los jacobinos con el de las llevadas á cabo por Licurgo, que sirvieron de modelo á las primeras, y de las que acabo de dar una sucinta relacion. No obrando de este modo, seria imposible formarse una idea exacta de las relaciones y diferencias de ambos sistemas, considerados bajo el aspecto del tiempo, lugares y circunstancias; hecho esto, el mismo lector podrá fallar acerca de las causas que consolidaron la revolucion en Esparta, y acerca de las que influiran para sostenerla ó destruirla en Francia. El que lee la historia se parece al que viaja por el desierto al través de aquellos bosques fabulosos que en los tiempos mitológicos se suponian dotados de la facultad de predecir (a).

CAPITULO XIV.

CONTINUACION.

Si bien se propusieron los jacobinos por modelo á Licurgo, partieron sin embargo de un principio enteramente opuesto. La gran base de su doctrina era el sistema de perfeccion (3) que yo desarrollaré en lo sucesivo, á saber, que los hombres llegaran algun dia

(1) *Id.*, *Ibid.*

(2) PLUT., *in Lic.*

(a) Esparta y los jacobinos! Sin embargo, la comparacion establecida en este capítulo, puede hablando con todo rigor sostenerse, pues no hay duda que los semi-literatos que fueron los primeros caudillos de los jacobinos afectaron imitar á Roma y á Esparta, segun lo acredita la nomenclatura que tomaron de los hombres y las cosas de esos países. Los capítulos siguientes que saliendo de las comparaciones generales entran á comparar detalles, caen en esas semblanzas inoportunas que he criticado ya tantas veces en estas notas; pero al mismo tiempo estan escritas con tal afluencia de indignacion, con tanto vigor de odio al crimen, que bien puede perdonárseles lo que tienen de absurdo en su sistema de composicion. Tambien me parece que el estilo se eleva en esos capítulos, y puede compararse con lo menos malo que he escrito en política ó historia durante las últimas épocas de mi vida. Las personas que desenterraron el *Ensayo* para echármelo en cara, no lo habian sin duda leído todo. Es probable que los que me han obligado á presentar contra mí mismo ese documento justificativo, no quedaron tal vez enteramente satisfechos. (N. ED.)

(3) Este sistema (mas ó menos adoptado por los demás revolucionarios, pero que exclusivamente pertenece á los jacobinos), sobre el cual se desarrolló toda la revolucion, es muy poco conocido del público. Los iniciados en ese gran misterio, se lo ocultaban religiosamente á los profanos. Creo ser el primer escritor de actualidades que ha arrancado la máscara al ídolo. Yo tuve ocasion de oír ese secreto de boca del mismo Champfort, á quien se le escapó en cierta ocasion que fué á visitarle. Ese sistema de perfeccion ha merecido mucho aplauso en Inglaterra entre los miembros de la SOCIÉTÉ CORRESPONDANTE. Los S. S. T. y H. han adoptado segun parece, los mismos principios, así como el autor del libro titulado JUSTICIA GENERAL, obra, que á pesar de mi divergencia de opiniones con las del autor, no puedo menos de decir que revela ideas poco comunes en política. Se encontrará todo lo que tiene relacion con esta interesante circunstancia en la segunda parte del libro V de este *Ensayo*.

á un estado de pureza desconocida en la actualidad, tanto por lo relativo al gobierno, como por lo concierne á las costumbres (b).

El primer paso que habia que dar hácia ese sistema era el establecimiento de una república. Los jacobinos, á quienes ciertamente no se les puede negar la horrible alabanza de haber sido consecuentes en sus principios, habian comprendido que el vicio radical existia en las costumbres, y que en el estado moral de la nacion francesa, esto es, con la desigualdad de fortunas, con las diferencias de opinion, con las ideas religiosas, y con otros mil obstáculos, era imposible pensar en una democracia sin verificar una revolucion completa en el órden moral (c). ¿Dónde podria encontrarse el talisman capaz de allanar tan insuperables dificultades? En Esparta, ¿qué costumbres podrian substituir á las antiguas? Las mismas que Licurgo puso en lugar de los antiguos desórdenes de su patria. El plan estaba, pues, trazado: los jacobinos no tenian que hacer mas que seguirlo. Pero, ¿cómo habian de poder ejecutarlo? Al promulgarse en Lacedemonia las nuevas leyes, el país disfrutaba de una paz profunda. A Licurgo le habia sido fácil hacer que los propietarios de un pequeño país consintieran de grado ó por fuerza en la particion de las tierras y en la igualdad de condiciones: le era fácil mandar armamentos en masa y requisiciones forzosas para las guerras que en lo sucesivo ocurrieran, cuando todo en su alrededor estaba tranquilo, y por último podia tambien transformar fácilmente la monarquía en gobierno popular, tratándose de un país que poseía anticipadamente los elementos de este último. ¿Qué diferencia de tiempos y de circunstancias entre la época de la reforma lacedemonia y aquella en que los jacobinos pretendian introducirla en Francia! Véase este país atacado por la Europa entera, desgarrado por las guerras civiles, agitado de mil facciones, sus plazas fronterizas perdidas ó sitiadas, sin ejército, sin mas recursos que una clase de papel desacreditado que por momentos acababa de desvirtuarse, con el desaliento en todas las clases, y por último amenazado del hambre. Esa era la situacion que presentaba la Francia cuando algunos hombres pensaban entregarla á una revolucion general. Preciso era remediar esa complicacion de males; preciso era establecer como por milagro la república de Licurgo en un pueblo envejecido en la monarquía, inmenso en su poblacion, y corrompido en sus costumbres, y salvar á un mismo tiempo sin ejércitos á un gran país, afeminado en la paz y estenuado por las convulsiones políticas de la invasion de ciento cincuenta mil hombres de las tropas mas aguerridas de Europa.

Solo aquellos delirantes pudieron discurrir medios y lo que es aun mas increíble llegar en parte á realizarlos: abominables eran sin duda alguna aquellos medios; pero preciso es tambien confesar que la concepcion fue una idea gigantesca. Aquellos espíritus sublimados, por decirlo así, en el fuego del entusiasmo republicano, y reducidos por sus escrutinios depuratorios (4), á la quinta esencia del crimen, desplegaron repentinamente una energía sin ejemplo, y

(b) No es falso este sistema sino por lo tocante á las costumbres. (N. ED.)

(c) Los jacobinos carecian de talento para combinar un plan con arreglo á estas bases; yo les supongo talento, cuando no deberia suponerles mas que crímenes, que alguna vez han producido tambien inmensos resultados. Tampoco estoy acertado en atribuir á un puñado de hombres sanguinarios lo que debe atribuirse á toda la nacion: la defensa de la patria. Hago demasiado honor á unos perversos asociándolos á una gloria que apenas basta á sofocar con su esplendor tan abominable recuerdo. (N. ED.)

(4) Sabido es que los jacobinos en ciertas épocas periódicas expulsaban de su seno todos los miembros que contemplaban como sospechosos de moderantismo ó de humanidad: eso es lo que ellos llamaban *escrutinio depuratorio*.

consumaron atentados que sobrepujan en enormidad á cuantos se presentan en la historia.

Conocieron que para obtener el resultado que se proponían, no podían serles útiles los sistemas de justicia, ni los axiomas comunes de humanidad, ni todo el círculo de los principios adoptados por Licurgo, y por lo tanto, se propusieron seguir un rumbo opuesto. Esperar que la muerte hiciera desaparecer los grandes propietarios, ó que estos consintieran en despojarse; que los años desarraigasen el fanatismo, ó vieran á cambiar los usos y costumbres; que el ejército se fuera reemplazando con nuevos reclutamientos; todo eso les pareció de éxito poco seguro y demasiado lento, y como si el establecer la república y el defender el país, fuesen empresas, que acometidas separadamente no se acomodaran á la magnitud de su ardimiento, resolvieron acometer las dos á un mismo tiempo.

Seguros de la adhesión de la guardia nacional, colocados en sus respectivos puestos los agentes que en todos los ángulos de la república habían de intervenir en la obra, y dada la palabra de paso á todas las sociedades secretas, tapándose los monstruosos ejecutores del plan los oídos, mas bien dicho, embotando cuanto les fue posible su sensibilidad dieron la espantosa señal que debía reanimar las cenizas de la antigua Esparta. La nación creyó oír el pavoroso eco de la trompeta del ángel exterminador; los monumentos de los hijos de los hombres se derrocaron sobre sus cimientos: entreabrióse las tumbas como para devorar las nuevas presas.

CAPITULO XV.

CONTINUACION.

Mil ensangrentadas guillotinas aparecieron simultáneamente en todas las poblaciones de Francia. Entre el estrépito del cañon y el redoble de los tambores el ciudadano se despertaba á media noche y recibía la orden de marchar al ejército, y en tanto que creyéndose víctima de la ilusión de un sueño, duda y vacila en lo que ha de hacer, sus ojos se fijan en los pálidos rostros y en los mutilados cuerpos de los infelices que tal vez no rehusaron obedecer á la primera intimación, sin tener el triste consuelo de dar el postrer adiós á su familia! ¿Qué podrá hacer en tal conflicto? ¿A quién podrá reunirse para evitar la requisición? (1) Cada ciudadano ha sido cogido aisladamente; no hay medio de defensa. Por una parte es inevitable la muerte, por la otra ve pasar grupos de voluntarios que huyendo del hambre, de la persecución, y de la intolerancia del interior, van al ejército, ébrios de vino, de himnos (2) y de juventud á buscar pan y libertad. No hallando, pues, mas que un solo camino para evitar la guillotina que no se aparta de su vista, se lanza por él y marcha al ejército con el corazón abrumado de desesperación. Al llegar á la frontera la necesidad de defender su vida, el valor natural á su raza, la volubilidad y entusiasmo de su carácter, la buena paga que goza, (3) el alimento abundante, el tumulto, los azares de la vida militar, las mujeres, el vino y su condicion naturalmente dispuesta á la alegría, le hacen olvidar que ha sido violentamente arrancado de sus hogares, y por último llega á conve-

(1) Ya hemos dicho que la idea de las requisiciones se tomó de Esparta. Todos los ciudadanos estaban obligados á servir á la patria desde los veinte á los sesenta años. En caso de urgencia, los reyes y los eforos podían requisar caballos, esclavos, carros, etc. (V. PLUTARCO Y JENOFONTE).

(2) Los himnos de Tirteo en Esparta, y los de Lebrun y Chénier en Francia.

(3) La paga está demás. No pocas veces se batieron los soldados republicanos sin paga y sin vestidos. Solo en tiempo del Imperio principiaron las fortunas militares.

tirse en un héroe. Así es como el rigor y las recompensas crean ejércitos como por encanto. Una vez dado el primer ejemplo de obediencia á las requisiciones, los hombres cediendo al impulso de imitación, y desentendiéndose de sus propias opiniones, siguen precipitadamente los pasos de los demás.

Estos fueron los rudimentos de la fuerza militar, pero era preciso darles organización. Un comité, cuyos talentos, según dicen, no pudieron ser excedidos sino por los crimenes, se ocupó en dar unión á esos cuerpos disgregados, y no se crea que para eso se consultaron las tácticas de los Julio César ni los Turennes; nada de eso. Todo debía ser enteramente nuevo en un mundo de nueva creación. Ya no se trataba de salvar la vida de un hombre, ni de dejar de dar una batalla, cuando la pérdida pudiera ser por lo menos recíproca: todo el arte se redujo á un cálculo de masas, de velocidad y de tiempo. Los ejércitos se precipitan en número duplicado ó triplicado con respecto á las masas: los soldados de artillería viajan en posta de Niza á Sila por lo tocante á la velocidad, y todas las horas son á propósito para caer sobre el enemigo: quedan, pues resueltos los tres problemas. ¿Se perderán diez mil hombres para tomar una posición? ¿Será preciso atacar veinte veces y veinte días seguidos un reducto? (4) ¿Qué importa si por último se consigue la victoria? Fácil es hacer conquistas cuando no tiene ningun valor la existencia de los soldados. ¿No son conducto seguro los desertores y los espías? En medio del campo raso van los ingenieros á estudiar los flancos mas débiles de los ejércitos enemigos y á asegurar la victoria á despecho del secreto y del talento. El telégrafo hace volar las órdenes: la tierra cede su salitre y la Francia vomita innumerables legiones.

CAPITULO XVI.

CONTINUACION.

Al paso que los ejércitos se organizaban, iban poblándose las cárceles con todos los propietarios de la nación. En unas partes los ahogaban á millares (en Nantes): en otras abrían las puertas de los calabozos llenos de victimas, y descargaban sobre ellas cañones cargados con metralla, (en Lyon). El cuchillo de la guillotina no descansa de día ni de noche. La acción de esta máquina de destrucción pareció demasiado lenta en concepto de los verdugos; no faltaron artistas que inventaron otras capaces de cortar muchas cabezas de un solo golpe (en Arras). Preciso fue cambiar el sitio donde se hacían las ejecuciones, pues ya no era practicable el paso por las plazas públicas inundadas de sangre: no cabían ya los cadáveres en los inmensos fosos que se habían abierto á propósito; hubo que abrir otros nuevos (5). Ancianos octogenarios, niñas de diez y seis años, padres, madres, hermanos, hermanas, maridos, esposas, todos confundidamente caen en un horrendo monton, cubiertos los unos con la sangre de los otros.... De esta manera consiguieron los jacobinos cuatro objetos cardinales para el establecimiento de la república: destruyeron la desigualdad de condiciones, nivelaron las fortunas, aumentaron la hacienda pública apropiándose los bienes de los sentenciados, y se captaron la adhesión del ejército, lisonjeándolo con la esperanza de ponerlo algun día en posesión de aquellos bienes.

Sin embargo, el pueblo que no oye hablar mas que de conspiraciones, y de perdidas y de invasión, aterrado por sus propios amigos, y creyéndose puesto so-

(4) En Esparta el general que salía mal de un primer combate estaba obligado á volverlo á dar. (JENOFONTE, Historia de Grecia).

(5) Véanse los *Mensajes á la Convención*.

bre una mina próxima á estallar, cayó en una especie de estúpido terror. Ya lo habían previsto los jacobinos (a). Entonces le pidieron su alimento y el pueblo se lo dió; su vestido, y el pueblo se despojó de él; su vida, y el pueblo la entregó sin dar una señal de sentimiento (1). Vió el pueblo que los templos se cerraban; vió caminar sus ministros al patíbulo, vió que su antiguo culto quedaba proscripto bajo pena de muerte. Dijéronle que no temiera las venganzas del cielo sino la guillotina, y al mismo tiempo le proponían que adorara virtudes, en cuyo obsequio se instituyeron públicas solemnidades, en las que unas jóvenes vestidas de blanco y coronadas de rosas, entretenían la estúpida curiosidad de la multitud, cantando himnos en honor de los dioses (2). Llegó aquel desgraciado pueblo en medio de su estupefacción á no saber dónde, ni cómo existía. En vano se ofrecían alguna vez á su memoria recuerdos de sus antiguas costumbres; nada de ellas existía ya. Parece que una nación extranjera extrañamente vestida (3), ha invadido el suelo patrio, y reemplazado á la antigua generación. Si recuerda sus antiguos días festivos y sus acostumbrados deberes, oye resonar en su oído otros nombres cuyo significado apenas puede comprender. No figura ya el domingo en el catálogo de los días. Presume el pueblo que aquel estado de angustia cesará al principiar el año nuevo. ¡Vana esperanza! Como si para siempre hubiese sido condenado á tal cúmulo de miserias, los meses han cambiado de nomenclatura, y el tiempo ha variado su sucesión cronológica, de modo que no parece sino que el efecto de la revolución política ha influido hasta en la revolución periódica de los astros. Anda sobre su suelo nativo el triste pueblo como desencaminado en una tierra de prodigios, temiendo extraviarse al atravesar calles y plazas, cuyos nombres le son desconocidos (4).

Si tales innovaciones perturbaban su cabeza, no eran menos extrañas las ideas que acababan de trastornar su corazón. La lealtad, la constancia, el amor á los hijos, el respeto á la religión, todos esos nobles afectos que desde su infancia estaba acostumbrado á considerar como muy buenos, no son, según le dicen ahora, mas que vanas quimeras de que los tiranos se aprovechan para tener en sujeción á los esclavos. No debía un republicano (5) tener amor, ni lealtad, ni respeto mas que á la patria. Resueltos finalmente los jacobinos á producir un cambio total en la sociedad, y sabiendo que la educación es lo que forma al hombre, pusieron á los ciudadanos en la precisión de enviar sus hijos á los colegios militares, en donde se les nutrió de hiel y de odio contra toda clase de gobiernos, y preparándolos por medio de una educación á lo espartano (6), se les puso en disposición de emprender la conquista del mundo, enseñándoles á cambiar los mas dulces afectos de la naturaleza por la ferocidad de los tigres, ó las virtudes de unos seres cuyo corazón fuere de metal.

(a) Los jacobinos nada habían previsto: sacrificaban al pueblo solo por sacrificarlo. La revolución era un combate entre lo pasado y lo presente, solo se pensaba en triunfar sin pensar en lo que se haría después de la victoria. (N. ED.)

(1) Requisiciones de Esparta.

(2) Para sustituirlo con el culto de la Grecia.

(3) El gorro de los hombres y la casi desnudez de las mujeres eran tambien imitación de Esparta, aunque podrian haberlo sido asimismo de otros países.

(4) Muy conocidas son las variaciones que se hicieron en la nomenclatura de los meses, de las calles, etc.

(5) En esto se echa particularmente de ver toda la moral de Licurgo, pero pervertida y acomodada á su manera.

(6) Los gimnasios. Sabido es que el carácter dominante de Esparta era el odio á las demás naciones, y el espíritu de ambición. «¿En dónde fijareis vuestras fronteras, le preguntaron á Ageclao? En la punta de nuestras picas», contestó el Lacedemonio. Los republicanos franceses habrían respondido tal vez: «En la punta de nuestras bayonetas».

A tal estado había quedado reducido el infeliz pueblo traqueteado por las poderosas manos de aquella facción, transportado sin saber cómo á un nuevo mundo, aturrido con el clamor de las victimas y los cánticos de victoria que resonaban en todas las fronteras, cuando Dios fijó una mirada sobre la Francia, y precipitó otra vez los monstruos en el abismo (7).

CAPITULO XVII.

FIN DEL ASUNTO.

Acabamos de ver lo que fueron los jacobinos. Mucho se ha hablado acerca de ellos, y sin embargo son pocas las personas que los conocieron. La mayor parte de estas se contentan con declamar y revelar los vicios de aquella sociedad, sin dar noticia del principio general que era el móvil de todas sus acciones. Ese principio consistía en el sistema de perfección para el cual era preciso restaurar las leyes de Licurgo.

Hemos concedido demasiado á las pasiones y á las circunstancias. Un rasgo distintivo de nuestra revolución es, que es preciso admitir la vía especulativa y las doctrinas abstractas como causa infinita en sus efectos. La revolución fue producida en parte por los literatos que habitando, por decirlo así, mas en Roma y en Atenas que en su patria, trataron de resucitar en Europa las costumbres antiguas (8). Por este ligero

(7) No falta quien se ha reído de la minuciosidad con que los franceses trataron de cambiar su traje, costumbres é idioma; pero es indudable que obraban con arreglo á un plan vasto y meditado. Los que saben la influencia que ejerce en el corazón humano unas palabras frívolas en apariencia cuando recuerdan costumbres antiguas, placeres ó penas comprenderán la profundidad de semejante plan.

Cuando se considera las grandes empresas llevadas á cabo por los jacobinos, los descubrimientos de historia natural que durante su dominación se hicieron, y los eminentes generales que se formaron en su escuela, no se puede menos de confesar que aquellos monstruos escapados del infierno trajeron consigo parte de los talentos diabólicos. No ignoro que desde su caída se esfuerza el partido reinante en representarla como unos imbéciles é ignorantes; pero puede calcularse el vigor de ese partido por los sacudimientos que ahora mismo está dando al gobierno.

No vaya á creerse que tengo la locura de afirmar que los jacobinos pretendieron reproducir materialmente el siglo de Licurgo en Francia: lo que quiero decir es que los caudillos de aquel partido aspiraron á una severa reforma, y que encontraron trazado en la historia de Esparta el plan que debían seguir. Algunas veces he sentido que el magnífico cuadro que tales sucesos presentan no haya sido delineado por manos mas hábiles que las mías.

(8) No se crea que me expreso así para insultar á ningún literato francés. Nunca será la diversidad de opiniones un motivo que me impida respetar los talentos. Aun cuando no fuera mas que por las relaciones que en otros tiempos tuve con algunos de aquellos hombres célebres, sabría en la actualidad contenerme en los límites del decoro.

Siempre me será grato recordar que algunos de ellos que gozan de merecida celebridad, como Mr. de La Harpe, se dignaron alentar los esfuerzos de un joven que no tenía otro mérito mas que su sensibilidad. La desgracia nos hace ser injustos, y nosotros, los emigrados no tenemos razon en despreciar la literatura de aquella época. Ademas del autor que he citado, recuerdo con singular placer los nombres de Bernardino de Saint-Pierre, Marmontel, Fontannes, Parny, Lebrun, Guinguené, Hins, Semierre, Collin d'Harleville, etc. Los señores Fontannes, Lebrun y otros muchos no parece sino que duplicaban sus talentos en proporción que se aumentaban los males que afligían á sus compatriotas.

Parece que la poesía adquiere nuevo brillo entre las ruinas de los imperios, así como algunas flores se complacen en cubrir las ruinas de los edificios.

Por otra parte, los literatos que permanecieron en Francia, han juzgado con demasiada acrimonia á los que emigraron. Tampoco tengo la dicha de conocer á estos, pero no cabe duda que los señores Peltier, Rivard, etc., ocupan un puesto distinguido en la literatura francesa. Los señores d'Ivernois y Mallet du Pan no son franceses, mas como han es-